

Los Libros

DOS HOMBRES: PORTALES Y LASTARRIA, por *Domingo Melfi*.—
Editorial Nascimento.—Santiago, 1937.

El título de este libro pudiera indicar que se trata de un paralelo entre don Diego Portales y don José Víctorino Lastarria; pero son dos estudios independientes. Quizás Melfi, al reunirlos en un volumen, ha intentado oponer el sentido de autoridad y despotismo representado por Portales, al sentido de libertad y democracia que significa el pensamiento, la vida y la actitud de Lastarria. En todo caso, la sola inclusión de estas dos personalidades en una obra indica o insinúa esta oposición, siendo evidente que Melfi siente más simpatía por Lastarria que por el célebre Ministro pelucón, no obstante estar ambos ensayos escritos con esa serenidad y altura de criterio que son proverbiales en los escritos de Melfi.

Como lo manifiesta el mismo Melfi, no ha tratado de fijar en su totalidad la figura de Portales como gobernante, sino que a través de su correspondencia recogida por Ernesto de la Cruz y por Guillermo Feliú Cruz, ha trazado algunos aspectos sobresalientes del hombre público como algunas intimidades reveladoras del carácter de Portales.

A pesar de la intención fragmentaria del análisis, emerge Portales con una transparencia enérgica, con una vitalidad precisadora y es tan viviente su imagen como el espíritu autoritario que el representó y que aun permanece en vigencia.

Ningún otro escritor chileno, en tan pocas páginas, ha dado una sensación más movida y densa de color que Melfi, ni ha captado mejor la esencia del temperamento de Portales: todo, dentro de una difícil objetividad, tanto más meritable, cuanto Portales es uno de los personajes históricos chilenos más discutidos y que más se prestan para la diatriba encendida como para la apología apasionada. Es verdad que el temperamento de Melfi siempre se ha distinguido por su sosiego y equilibrio, por la frialdad analítica con que observa y compara los hechos, no obstante el oculto fuego que le comunica a su palabra vibrante.

De todas maneras, es necesario señalar esta condición de Melfi. El Portales que nos ha dado es el que más cercanía tiene con el real. Sus defectos no aparecen empequeñecidos ni hiperbolizadas sus cualidades. Su gestión como hombre de gobierno, su autoritarismo ilimitado, su capacidad de administrador de bienes, su energía y rapidez en los procedimientos, el orden que supo imponer violentamente, su austeridad en cuestiones de dinero, como su vida íntima—especialmente en lo que se refiere a sus relaciones sexuales—todo, Melfi lo interpreta a través del hecho sin deformarlo con el objetivo de extraer una consecuencia de antemano determinada.

«La figura de Portales aparece solitaria en nuestra vida política. Lo trastornó todo; lo improvisó todo: administración, ejército, magistratura. Sin ser hombre de estudio y de ideología determinada, tuvo la capacidad de penetrar el momento que vivía Chile, convulsionado por la independencia y empleó toda su energía en abatir el caudillaje militar. Y esta fué su obra fundamental. De ella derivaba el orden y la paz interior. Pero bifurcó el camino histórico y lo echó por otro sendero. Abatió a los hombres libres y los aplastó con su gestión de gobierno, haciendo mofa de la ley. No tuvo un instante de reposo, lo mismo cuando atravesó el Gobierno, imponiendo su voluntad en todo que cuando se entregó a sus negocios par-

viculares. Portales recogió sin él quererlo la tradición de la encomienda que establecía un silencio forzado sobre el habitante del suelo. A Portales la tierra no le preocupó como elemento generador de un orden social futuro a cubierto de luchas dolorosas».

La vida sexual de Portales está estudiada con la misma sagacidad que su vida política; la vida sexual, el sexo que en Portales tuvo una actividad extraordinaria y que ocupó no escasa dimensión de su existencia, ya que sus sollicitaciones permanentes lo hacían girar con vehemencia dentro de su órbita caldeada. «Fué, sin duda, una vida intensamente sollicitada por el sexo. Parece que poco antes de su muerte se sentía ya agotado, no obstante su juventud. El ejercicio del poder, el contacto frecuente con las mujeres y la explosión de una voluntad que debe estar siempre en tensión, dura e indomable como fué en la lucha, le llevaron al desengaño prematuro. Su temperamento nervioso, su procacidad de lenguaje, la franqueza con que abordaba todos los asuntos, son muestras de una naturaleza que en el dominio sexual apenas conoce la limitación del goce».

Lastarria fué un apasionado y un hombre de principios, amante y defensor de la libertad, de concretas ideas liberales por las cuales padeció persecuciones y se vió postergado por mediocridades. Sin duda, fué superior a su medio el que lo hostilizó de diversas y odiosas maneras. Pero su integridad de varón sano y ergido le permitió sobreponerse a todas las contrariedades, como asimismo la seguridad en su propio valor, que los mesócratas de su tiempo intentaban ridiculizar.

El estudio que hace Melfi de Lastarria y de la generación a que perteneció es completo en su brevedad. Coge al personaje en sus direcciones fundamentales y fija su significación con un certero conocimiento de la época y del hombre.

«Lastarria y los hombres liberales de su generación alimentaron la llama viva e inextinguible de la libertad y dieron a los hombres la conciencia segura de sus deberes, por el estí-

mulo de la dignidad humana, de la cultura y de la ciencia. Los otros, como Montt, Varas y sus discípulos, sostuvieron con el seño adusto, sobre sus hombros vigorosos, los basamentos de piedra de la ley sobre los cuales las generaciones posteriores han sentido muchas veces, en medio de sus enconadas luchas, las voces que les gritaban que sólo por el sacrificio y por la fe en los ideales, por la tenacidad y el cumplimiento del deber, por el estudio incesante y por el fortalecimiento de la moral personal, es posible realizar la grandeza del país en que se vive».—ARTURO TRONCOSO.



ULTIMOS POEMAS, por *María Monvel*.—Editorial Nascimento. Santiago, 1937.

En una primorosa edición, digno homenaje a la poetisa recién desaparecida, han visto la luz los últimos poemas de María Monvel. Versos escritos, mientras el vaso corporal de la artista se deshacía en manos de una cruel enfermedad, su espíritu irradia en ellos más puro, en un magnífico desasimiento de la materia, y una luz ultraterrena, una alborada de otra vida, proyecta su consoladora claridad sobre las angustias que son el acompañamiento inevitable en este mundo. La vida breve y luminosa de María Monvel ardió como un leño fragante en la insaciable hoguera de la pasión. Naturaleza superior, tenía el sufrimiento lúcido, el dolor altivo y viril que no se abate en el potro del tormento y lanza allí sus más armoniosos alaridos, sus revelaciones recónditas, sus mensajes trascendentales.

Todo el libro, compuesto de poemas originales y traducciones, es un canto de amor, una corona de pasionaria tejida devotamente por las manos trémulas de la poetisa para depositarla en la tumba del ser que había amado y que la iba precediendo